

CELEBRACIÓN DEL APÓCRIFO
EN “TLÖN, UQBAR, ORBIS TERTIUS”



Ivan Almeida

In briefe, all things are artificiall, for Nature is the Art of God.

Sir Thomas Browne *Religio Medici* 1: 16

No hay en el universo un libro que no pueda ser considerado “idealista”.

J. L. Borges “Eugene G. O’Neill” 223

Una dispersa voz declara, en “Tlön”, que los espejos son abominables porque multiplican. Su descalificación está, pues, estrechamente ligada al principio de economía expresado por Occam: “entia non sunt multiplicanda praeter necessitatem”. La célebre “navaja de Occam”¹, se implanta así, desde el umbral de este cuento, con la fuerza de un axioma. Llegado el momento, sin embargo, será necesario justificar la paradójica multiplicación de objetos, de sustantivos, de lenguas en el hemisferio boreal del planeta Tlön², y la explícita alusión a Meinong, ese anti-Occam por excelencia.

¹ “La navaja de Occam”, como la Trinidad, la teología o las catedrales, figura en la lista de las cosas vedadas al Cristo moribundo en el poema de Borges “Cristo en la cruz”.

² Usada sin comillas, la palabra Tlön hará alusión, provisionalmente, al planeta imaginario. Entre comillas, servirá como abreviación del cuento “Tlön, Uqbar, Orbis Tertius”. Sin embargo, una de las finalidades de este trabajo es volver irrelevante tal distinción.

Retengamos, por el momento, que la maldición que arrastran los espejos no les viene de su capacidad de reflejar, sino de su incapacidad de substituir. Para que un espejo refleje, es necesaria la presencia del ser reflejado; por eso es que multiplica en vano. Esa constatación llevará a Umberto Eco a afirmar que una imagen especular no debería ser considerada un signo; salvo, por supuesto, cuando engaña, es decir cuando, por error, alguien confunde el reflejo con un ser distinto del que se mira³. Si la imagen especular fuera de naturaleza semiósica, al enviar por correo a un amigo un espejo en el que me he mirado, mi amigo debería ver mi imagen, no la suya (Eco 19-20).

La abominable amenaza de los espejos es la multiplicación incesante:

infinitos los veo, elementales
 ejecutores de un antiguo pacto,
 multiplicar el mundo como el acto
 generativo, insomnes y fatales. ("Los espejos" 192)

Su abominable miseria es la de perder su ser cuando desaparece lo que en ellos se mira: "El espejo que no repite a nadie / cuando la casa se ha quedado sola" ("Cosas" 483); "simulacro que por nosotros existe, que con nosotros viene, gesticula y se va" (*Inquisiciones* 127).

De allí, el destino de animal en incesante acecho que Borges da a los espejos a lo largo de su obra, particularmente en sus poemas:

- "Desde el fondo remoto del corredor, el espejo nos acechaba" ("Tlön" 431).
- El espejo *acecha* igualmente en "Al espejo" (a), en "A quien", en "Insomnio", en "La dicha", en "Paradiso", en "El centinela", en "Un ciego" y en "Los espejos".
- El espejo *aguarda*, en "Límites", "Mayo", "Haydée".

³ Por esa misma razón Eco tiende a asimilar la función especular a la noción de "rigid designator", de S. Kripke. Eco apoya la naturaleza no semiósica de la imagen especular en siete observaciones que elenco sin comentar: 1) no puede producirse en ausencia del referente, 2) es producción causal del objeto que refleja, 3) no puede ser usada para mentir, 4) no se puede poner en correlación con un contenido, 5) no establece una relación entre tipos, sino entre individuos, 6) no es independiente del medium o canal, 7) no es interpretable (24-25).

- El espejo *busca*, en “Al espejo” (b).
- El espejo es *ansioso*, en “Correr o ser”
- y, sobre todo, *incesante*, en “Al espejo” (a), “El Hacedor”, “El ángel”, “Elegía”, “Insomnio”.

La hipótesis de estas páginas es que, desde un cierto punto de vista – que no excluye otras lecturas– todo “Tlön” sería una tentativa de conjurar, mediante el apócrifo, la maldición de los espejos. Los espejos repiten y multiplican sin substituir. Lo apócrifo, en cambio, substituye y estiliza sin multiplicar.

“Tlön” sería un texto de exploración y de celebración de las virtudes ontológicas de lo apócrifo. Llevando la consigna de Occam hasta sus últimas consecuencias⁴, buscar en todo caso lo que al mismo tiempo suple y simplifica: que el mundo ceda su lugar a la enciclopedia que lo describe, que ésta desaparezca frente a su falsificación, que esta nueva enciclopedia sea remplaceable por uno de sus volú-

⁴ La figura de Occam y su tantas veces extrapolado principio de economía podrían servir de excelente entrada en el tema de lo apócrifo. En primer lugar, el célebre *Occam Razor* (*entia non sunt multiplicanda sine necessitate*) no figura en ningún escrito de Occam, y hace su aparición en la literatura filosófica sólo tres siglos después de la muerte del franciscano. La expresión que Occam usa con frecuencia (por ejemplo en *Quodlibeta Septem* V, 1, 2 p. 476) es: *pluralitas non est ponenda sine necessitate*, es decir, “no se debe introducir la pluralidad sin necesidad”. Se trata del *slogan* minimalista de un franciscano militante. Los ideales de la “pobreza” evangélica fueron su caballo de batalla no sólo en política (la acerba lucha contra el poder eclesiástico) sino también en epistemología. Por ejemplo, para decidir que lo que sabemos por fe no podemos igualmente saberlo por la ciencia. Pero no fue él, tampoco, el inventor del principio de economía (*principium parcimoniae*) sino sólo su más ilustre usuario. En segundo lugar, también el nombre suena a apócrifo. Como Tomás, Anselmo, Alberto y Buenaventura, nuestro hombre debería haber conservado simplemente su nombre de bautismo, Guillermo. Occam era su apodo, de allí que, como *argumentum ex nomine*, se sospecha que se trata de un adjetivo gentilicio, y que habría nacido en el burgo de Ockham, en Surrey, o tal vez en otro Ockham situado en el Yorkshire. En tercer lugar, fue también apócrifo desde el punto de vista dogmático: declaró hereje nada menos que al papa y murió él mismo excomulgado. Apócrifo (esta vez en el sentido de “oculto”) lo fue también en el mundillo académico de la escolástica: siempre tuvo a su lado a un teólogo más influyente, hasta tal punto que pasó a la posteridad franciscana con el nombre de *Venerabilis Inceptor*, “venerable principiante”. Un último detalle para aumentar el desconcierto: las obras de Guillermo fueron publicadas a fines del Siglo XV principalmente en tres ciudades, *Lugdunum* (= Lyon), *Bononia* (= Bolonia) y, un año antes del descubrimiento de América, en... *Argentina* (= Estrasburgo).

menes, que este volumen, en fin, no exista más que en el resumen presentado por un cuento breve.

Veremos que el funcionamiento del apócrifo está estrechamente relacionado con la economía de condensación y desplazamiento propia de los tropos, incrementado por una gramática borgesiana del laberinto y una cierta estética de la nostalgia.

LA NOCIÓN DE “APÓCRIFO” EN EL DICCIONARIO BORGESIANO

Los escritos de Borges confieren al adjetivo “apócrifo” un itinerario semántico original. Lo que los diccionarios usuales ofrecen como definición es resumido por Borges mismo en su prólogo a los *Evangelios Apócrifos*:

La palabra apócrifo ahora vale por falsificado o por falso; su primer sentido era oculto. Los textos apócrifos eran los vedados al vulgo, los de lectura sólo permitida a unos pocos. (“Evangelios” 452)

En ese nivel cero de lo apócrifo se sitúan referencias a un objeto simplemente *falsificado*: un *pasaporte* (“Isaac Babel”), una *fotografía* (“Ernest Bramah”), un *documento* (“Inmortal” 544), *papeles* o *cartas* (“Guayaquil” 443), una *estampa* (“Tigres” 381), *citas* (“Veinticinco” 379), *noticias* (“Laberintos” 158), *historias* (“Compadritos”), *anales* (“A 150” 66), un *manuscrito* (“Tintorero” 324), etc. A esta categoría puede también pertenecer la expresión limítrofe “hijo apócrifo” (“Impositor” 304) y la mención a “los extensos gauchos apócrifos de Quirós” (“Moral” 298).

Un segundo nivel de lo apócrifo, algo más complejo, está determinado por la naturaleza conjetural del pasado lejano. “Recordar con precisión un pasado apócrifo” (*Evaristo Carriego OC 1*: 162) es, por ejemplo, un efecto del tango. En “La cortada de Bollini”, que es una semblanza de un rincón de Buenos Aires, el autor se figura, situándose en el tiempo de las misteriosas armas atómicas, de las vastas guerras mundiales, de la guerra del Vietnam y de la del Líbano, se figura lo que habrían sido las “modestas secretas peleas” hacia “mil ochocientos noventa y tantos”. Después de describir esas escenas en potencial o futuro anterior, concluye:

Sea lo que fuere, es grato estar en esta casa, de noche, bajo los altos cielos rasos, y saber que afuera están las casas bajas que aún quedan, los hoy ausentes conventillos y corralones y las tal vez apócrifas sombras de esa pobre mitología.

Lo apócrifo, en este caso, define una suerte de barrera en el flujo la memoria: del lado de acá, donde se sitúan los acontecimientos recientes, está lo verificable y accesoriamente deleznable. Del lado de allá, en cambio, lo verificable cede a lo legendario y lo legendario a lo apócrifo. Esta progresión, que coincide con un aumento en la valorización positiva, aparece bosquejada en esta caricatural descripción de la ascendencia de T. F. Powys:

Es de ascendencia ilustre, ya que entre las personas de su sangre están John Donne y William Cowper. (No hablo de ciertos príncipes de Gales, tan antiguos que ya son legendarios, tan legendarios que más bien son apócrifos). ("T. F. Powys" 358)

Lo curioso de esta transición a lo apócrifo es que el salto no parece ser sólo gnoseológico sino también ontológico: hay cosas, hechos, que comienzan siendo reales y acaban adquiriendo el estatuto de apócrifo. Es un privilegio que brinda el tiempo. Así puede entenderse la pregunta que formula Borges al constatar que los contemporáneos creen sin dificultad en las visiones celestes del profeta Ezequiel, pero no en las del reciente Swedenborg o en las de su discípulo Blake: "¿En qué precisa fecha cesaron las visiones verdaderas y fueron reemplazadas por las apócrifas?" Fuera de contexto, esta insólita pregunta podría dejar entender que Swedenborg comenzó teniendo verdaderas visiones y que luego (¿cuándo?) decidió inventarlas. Sin embargo, la pregunta parece referirse más bien a la diferencia entre el crédito que suscitan las visiones de los profetas y el que acordamos a las de los místicos contemporáneos. Equivaldría, entonces, a preguntarse: "¿cuánto tiempo necesita exactamente una visión para convertirse en apócrifa y ser, en consecuencia, creída?" Leámosla dentro de su contexto:

Creemos en Ezequiel porque lo enaltece lo remoto en el tiempo y en el espacio, creemos en San Juan de la Cruz porque es parte integral de la literatura española, pero no en William Blake, discípulo rebelde

de Swedenborg, ni en su aún cercano maestro. ¿En qué precisa fecha cesaron las visiones verdaderas y fueron reemplazadas por las apócrifas? Lo mismo dijo Gibbon de los milagros. ("Emanuel Swedenborg" 145)

Análogamente, la pregunta que correspondería a la mención de la ascendencia noble de T. F. Powys en la cita anterior sonaría así de curiosa: "¿cuántas generaciones deben pasar para que un antepasado real se convierta en apócrifo?"

Los seres y los acontecimientos que el tiempo ha logrado consagrar como apócrifos no sufren una disminución de realidad; simplemente se cargan de una pátina de venerabilidad que orienta de otra forma su gesto referencial, ganando en fuerza de *evocación*⁵ lo que pierden en potencia de *designación*. O, para decirlo en términos más clásicos aunque menos precisos, la *denotación* cede a la *connotación*, de límites menos rigurosos pero de vibraciones más fuertes. La connotación, para Borges, es el "ambiente que esparcen" las palabras, el "estilo de vida que ellas premisan" (*Inquisiciones* 147), como "la connotación plebeya de la Chacarita y la connotación patricia de la Recoleta" (Prólogo a *Cuaderno San Martín OC 1: 79*)⁶.

Nuestra época –escribe Borges– es, a la vez, implacable, desesperada y sentimental; es inevitable que nos distraigamos con la evocación y con la cariñosa falsificación de épocas pretéritas. ("Vindicación" 232)

Esa cariñosa falsificación puede arrastrar consecuencias inesperadas, aunque típicamente borgesianas, como la de crear un personaje para luego permitirse, en el mismo texto, conjeturar la naturaleza apócrifa de una de sus acciones⁷, o, en otros casos, de su misma exis-

⁵ Toda evocación, para Borges, es desesperada y apócrifa ("De allí lo desesperado y apócrifo de toda evocación." "Tareas" 143).

⁶ Es lo que sucede con un libro leído muchas veces: "cada vez que leemos un libro, el libro ha cambiado, la connotación de las palabras es otra. Además, los libros están cargados de pasado" ("El libro" 171).

⁷ "Loomis necesitó (...) el escalofriante y acaso apócrifo descenso a una caverna de Arizona, donde un osezno dormía su inviolable sueño invernal, la adquisición de láminas de acero, litografías, fotografías y hasta de ejemplares adultos embalsamados" (OCC 320).

tencia⁸. Borges llega a jactarse litóticamente de un estilo que cuenta entre sus características, "las citas no siempre apócrifas" ... ("Veinticinco" 379).

En un artículo aparecido en *Sur* en 1964, Borges recurre a una expresión que merece, creo, una consideración especial: "la más o menos apócrifa traducción de Omar Khayian de Edward Fitzgerald" ("Premios" 313). ¿Cómo puede ser apócrifa una traducción? ¿Trátase aquí de un elogio o de un reproche? Borges mismo da, indirectamente, la respuesta, enriqueciendo la ya sabrosa carga semántica del adjetivo "apócrifo".

Omar es un astrónomo persa del siglo XI que, entre otras múltiples actividades, condesciende a la poesía y labra dispersas composiciones de cuatro versos, todos rimados excepto el tercero. Siete siglos más tarde, nace en Inglaterra Edward FitzGerald, "menos intelectual que Umar, pero acaso más sensible y más triste" ("El enigma" 66). Hacia 1854, FitzGerald recibe en préstamo una colección manuscrita de las composiciones de Omar, en la que las cuartetas aparecen como unidades sueltas, dispuestas "al acaso del orden alfabético de sus rimas" ("Omar" 136). Reordenando y retocando ese material disperso, FitzGerald logra componer un verdadero libro, continuo y orgánico, constelado en torno a imágenes como la mañana, la rosa, el ruiseñor, la noche y la sepultura. Como por milagro, de la fortuita conjunción de un astrónomo persa y de un inglés excéntrico, nace un extraordinario poeta, diferente de ambos. Las *Rubaiyat* configuran así un libro capital de la literatura inglesa, pero al mismo tiempo "parecen exigir de nosotros que las leamos como persas y antiguas" ("El enigma" 68). Si es legítimo aplicar a las *Rubaiyat* el atributo de "apócrifo" es porque, por una parte, la obra actual, bajo el título completo de *Rubáiyát of Omar Khayyám*, lleva como autor responsable a Edward FitzGerald, y "tienen menos de versión literal que de rapsodia autónoma"; pero, por otra parte, "su pleno goce parece requerir de nosotros el recuerdo de Omar y el olvido, siquiera momentáneo, del traductor" ("Margaret Smith" *Borges en Sur* 277).

⁸ En "El idioma analítico de John Wilkins", el autor del *Emporio celestial de conocimientos benévolos* es llamado, al final del ensayo "desconocido (o acaso apócrifo) enciclopedista chino" (OC 2: 86)

El concepto de apócrifo así entendido aparece como la perfecta réplica de lo que, en Tlön, corresponde a la definición de un *hrön*: una segunda instancia de un objeto, no menos real que la primera, pero más ajustada a la expectativa (“Tlön” 436). Las apócrifas *Rubaiyat* de FitzGerald, como los *hrönir*, se ajustan más a la expectativa de lo típicamente oriental que la dispersa colección sobre la que se basan.

Así, por ejemplo, el recuerdo deformante que Bioy evoca de un fragmento de la enciclopedia (“los espejos y la cópula...”) corresponde, en su falsedad, al único pasaje sorprendente de un texto que se distingue por su “fundamental vaguedad”.

UQBAR O LA HEREJÍA

Como los recuerdos, los apócrifos estilizan los objetos y los ajustan a nuestras expectativas. William C. Williams lo poetizó de manera admirable “and no whiteness (lost) is so white as the memory / of whiteness” (“The Descent” 245).

Como los sueños, los apócrifos conjugan la doble retórica del desplazamiento y de la condensación. Lo apócrifo en Borges, adquiere así el estatuto de un tropo ontológico.

Como todo tropo, el desplazamiento apócrifo en Borges garantiza un efecto de economía. Un heresiarca representa, por ejemplo, una extrapolación de una religión. Abordar una religión a través de sus herejías, como en “Tlön”, permite configurar un epítome de la doctrina sin los complejos escollos del dogma. En este caso, el heresiarca es un apócrifo metonímico (sólo parcialmente antifrástico⁹) de la doctrina oficial. Económicamente hablando, sería más provechoso, para todo ideólogo o fundador de religión, el limitarse a definir las herejías. El resto, la enmarañada ortodoxia, sería fácilmente inducible a partir de las lagunas de la heterodoxia, tal como en la Enciclopedia de Tlön “las contradicciones aparentes del Onceno Tomo son la piedra fundamental de la prueba de que existen los otros” (435).

⁹ Piénsese, por ejemplo, en el recurso al “desmentido” que Borges propone como una forma refinada de la injuria (cf. Parodi). Piénsese también, de paso, en la función de la “denegación” según Freud.

Un ejemplo palpable de este fenómeno lo ofrece la historia de la literatura cristiana primitiva. Como en el cuento “Los teólogos”, lo que nos es dado saber actualmente del pensamiento herético de los gnósticos es lo que queda de ellos en los textos apologéticos que lo combaten... Los textos apologéticos vendrían a ser, en ese sentido apócrifos de apócrifos.

La ortodoxia, la herejía y las persecuciones religiosas ocupan un lugar sin duda exagerado en el párrafo del cuento que resume las escasas cuatro páginas del apéndice de la *Anglo-American* consagrado a Uqbar. Exagerado y complejo. Por comenzar, el narrador llama “heresiarca” a quien la enciclopedia llama técnicamente “gnóstico”. Ese desliz podría indicar la intrusión de una apreciación ideológica del lector, que juzga herético lo gnóstico sin tener en cuenta que, como el idealismo en Tlön, el gnosticismo podría muy bien ser una condición “congénita” de la religión en Uqbar...

Las cosas, sin embargo, parecen mucho más complicadas e interesantes: Uqbar privilegia hasta tal punto lo apócrifo que la religión oficial se autoproclama heterodoxa, dando a entender que la norma allí es lo herético. Para verificar esta hipótesis consideremos lo que se dice a propósito de las “persecuciones religiosas del Siglo trece”. La persecución religiosa se diferencia de la guerra de religión en el hecho de que, en vez de tratarse de un enfrentamiento de fuerzas comparables, implica un poder persecutor fatalmente ortodoxo (la ortodoxia es la versión dogmática del poder establecido) y una minoría perseguida (heterodoxa, por hipótesis). Lo curioso es que, en las persecuciones de Uqbar, los perseguidos son los ortodoxos (“los ortodoxos buscaron amparo en las islas”) lo cual implicaría que el poder dominante en Uqbar era, paradójicamente, el heterodoxo. Un poder que persigue la ortodoxia está implícitamente reivindicando la herejía. Lo apócrifo religioso, llámese herejía, gnosticismo o heterodoxia, es, pues, la forma congénita de la teología en Uqbar.

La opción por lo apócrifo es concomitante con el menosprecio del mundo real. El mundo auténtico es el simplemente ideado; toda creación es una degeneración y toda multiplicación es abominable. Johannes Valentinus Andreaë describió en el siglo XVII una imaginaria comunidad “que otros luego fundaron, a imitación de lo prefigurado por él”. Para los gnósticos de Uqbar, lo mismo ha ocurrido con

la creación del mundo. Soñar, pensar un mundo puede constituir una tarea excelsa; crearlo, un imperdonable desliz que sólo puede cometer un dios infantil, jubilado y subalterno.¹⁰

Lo apócrifo precede a lo real, como el sueño o la ficción; o le sucede, como el recuerdo y la deformación. En ambas direcciones, se trata de una progresión axiológica, no sólo en el país de Uqbar, sino también en el texto de "Tlön". Así, por ejemplo, la cita literal de la Encyclopaedia "mirrors and fatherhood are abominable" es considerada "literariamente inferior" al recuerdo que conserva Bioy: "copulations and mirrors are abominable", la cual, al fin de cuentas, vuelve a ser deformada por el informe del narrador, que resulta de una síntesis de ambas versiones: "los espejos y la cópula son abominables". Esta nueva falsificación se convertirá, finalmente, en la fórmula consagrada.

LA IMPOSTURA COMO LABERINTO

La relación del país llamado Uqbar con Tlön aparece afirmada desde las primeras páginas: Tlön es uno de los dos lugares imaginarios a los que se refiere la literatura del país de Uqbar. Es decir que, siguiendo nuestra nomenclatura, Uqbar mantendría con respecto a Tlön la posición de lo real con respecto a lo apócrifo. Sin embargo, rastreando el complicado laberinto de inclusiones que presenta el texto, se acaba descubriendo lo contrario, o al menos lo recíproco. Como en el título del cuento, Tlön, de hecho, precede a Uqbar. La única información sobre ese país la ofrecen cuatro páginas apócrifas

¹⁰ En "El idioma analítico de John Wilkins", Borges menciona aquella réplica de Philo a Cleanthes en los *Dialogues Concerning Natural Religion*. El texto de Hume dice: "This world (...) is very faulty and imperfect, compared to a superior standard; and was only the first rude essay of some infant deity, who afterwards abandoned it, ashamed of his lame performance: it is the work only of some dependent, inferior deity; and is the object of derision to his superiors: it is the production of old age and dotage in some superannuated deity; and ever since his death, has run on at adventures, from the first impulse and active force which it received from him" (416). La traducción de Borges es la siguiente: "El mundo — escribe David Hume — es tal vez el bosquejo rudimentario de algún dios infantil, que lo abandonó a medio hacer, avergonzado de su ejecución deficiente; es obra de un dios subalterno, de quien los dioses superiores se burlan; es la confusa producción de una divinidad decrepita y jubilada, que ya se ha muerto" (OC 2: 86).

intercaladas en una enciclopedia también apócrifa (aunque por otros motivos) del año 1917, encontrada hacia 1935 (“El hecho se produjo hará unos cinco años”). El planeta Tlön, existe (con su apócrifa realidad de enciclopedia) desde 1914 (“en 1914 la sociedad remite a sus colaboradores, que son trescientos, el volumen final de la Primera Enciclopedia de Tlön”). Es decir que dentro de ese puro hecho literario que es una enciclopedia auto-referencial llamada Tlön, figuran cuatro páginas sobre un vago país, llamado Uqbar, cuya literatura fantástica incluye un lugar imaginario llamado Tlön... Esas serían las cuatro páginas interfoliadas en la enciclopedia de 1917.

Ese fenómeno de engaste recíproco es una de las formas más preciadas del laberinto para Borges (“Cuadros dentro de cuadros, libros que se desdoblán en otros libros...” —“Cuando” 435—). Una ficción, por el hecho de incluir otra ficción, adquiere para ésta el estatuto estructural de lo real; si en una instancia ulterior la segunda ficción incluye (sueña, digamos) a la primera, los puestos se invierten. Se produce entonces un efecto de inestabilidad ontológica que resulta literalmente “*amazing*” es decir, laberíntico. Surgen de allí las nociones paradójicas de “falso verdadero” o de “verdadero falso”, como son, en Uqbar la impostura de Esmerdis el mago y la de Silas Haslam.

Entre los pocos datos aseguibles de ese “indocumentado” país, figuran tres nombres geográficos terrestres, pero “interpolados en el texto de un modo ambiguo” y, un solo nombre histórico, el del impostor Esmerdis el mago, “invocado más bien como una metáfora”. ¿Metáfora de qué? Esmerdis, de hecho, no fue un mago. Fue, según Herodoto y Darío, el segundo hijo de Ciro el Grande, rey de Persia, asesinado hacia el 523 a.C. por su hermano Cambises II, quien mantuvo en secreto el crimen. Sucedió, entonces, que durante una ausencia guerrera de Cambises, un usurpador llamado Gaumata, sacerdote mago de Media, se hizo pasar por Esmerdis (cuya muerte se ignoraba) y suplantó al ausente Cambises. A pesar de que más tarde, al morir, Cambises confesó el asesinato y reveló el fraude del falso Esmerdis, nadie se atrevió a oponerse al rey establecido. Darío, sucesor y asesino del falso Cambises, cuenta que fue cruel, y que destruyó templos y expropió ganados y mujeres. El día en que fue asesinado, en octubre de 521, pasó a celebrarse anualmente como la fiesta de “la muerte del mago”, a la que ningún mago podía asistir.

Estos datos figuran en el artículo “Smerdis” de la oncenava edición de la *Britannica*, en el que probablemente se inspiró la alusión de Borges. Hacia el final del artículo, aparece un elocuente y muy borgesiano *desmentido* con respecto al testimonio de Darío:

We have no means of explaining this statement, nor can we fully understand all the incidents connected with his usurpation; but the attempts of modern authors to prove that Gaumāta in reality was the genuine Smerdis and Darius a usurper have failed.

Y añade:

In the next year, another pseudo-Smerdis, named Vahyazdga, rose against Darius in eastern Persia and met with great success. But he was finally defeated, taken prisoner and executed.

Este rastreo de las fuentes permite conjeturar sobre el porqué del valor metafórico del “Mago Esmerdis”. A los apócrifos superpuestos de la leyenda, Borges añade otro de su propio cuño, una suerte de hipálage oscilante en la que, desde un punto de vista, el nombre del rey legítimo se viste con los andrajos atributivos del usurpador, y, desde el otro, al mago embaucador se le confiere la legitimidad del nombre usurpado. El mismo efecto produce la mención bibliográfica de Silas Haslam como autor de una *General History of Labyrinths*, con la que, por un proceso —él mismo laberíntico— de desplazamientos y condensaciones, se alude a un artículo publicado por Borges en la revista *Obra* (febrero de 1936), firmado con el apellido de la abuela materna, Haslam, y plagio parcial de la entrada “Labyrinth” de la *Encyclopaedia Britannica*, oncenava edición. Al recopiar esa entrada, Borges simula reseñar un inexistente libro de Thomas Ingram, llamado precisamente *A General History of Labyrinths*. Debo a Nicolás Helft (en este mismo número, pp. 165-166) la observación de que Thomas Ingram no es otro que el autor real del artículo que Borges (alias Daniel Haslam) está falsificando¹¹. Pero la superchería se vuelve circular, puesto que Borges comienza aportando al falso libro

¹¹ En cuanto al nombre Silas, tal vez sea pertinente mencionar que es usado por Borges en *Historia universal de la infamia*, como el falso nombre bajo el cual el atroz redentor Lazarus Morell se inscribe en el hospital. (“El atroz” 300)

(es decir al artículo de la *Britannica*) harina de su propio costal. Se trata, concretamente, de dos falsos apéndices del libro de Ingram. El primero lleva el elocuente título de “noticias apócrifas”, del cual Borges simula citar *in extenso* su propio cuento “Historia de dos reyes y de dos laberintos”, que figura en diversos lugares de sus obras atribuido a no menos de cinco autores diferentes¹². El segundo simula una transcripción de “los inmutables y genuinos principios que el arquitecto-jardinero debe observar en todo laberinto” (las comillas son de Haslam/Borges). “Esos principios –continúa inventando el reseñador– se reducen a uno: la economía. Si el espacio es vasto, el dibujo debe ser simple; si es reducido, los rodeos son menos intolerables”. Y vuelve a citar entre comillas:

“El ideal es el laberinto psicológico: el fundado (digamos) en la creciente divergencia de dos caminos que el explorador, o la víctima, supone paralelos. El laberinto ideal sería un camino recto y despejado de una longitud de cien pasos, donde se produjera el extravío por alguna razón psicológica. No lo conoceremos en esta tierra, pero cuanto más se aproxime nuestro dibujo a ese arquetipo clásico y menos a un mero caos arbitrario de líneas rotas, tanto mejor. Un laberinto debe ser un sofisma, no un galimatías”. (“Laberintos” 158-159)

Esta variante bibliográfica del caso del Mago Esmerdis, permite tal vez vislumbrar el carácter metafórico que le atribuye la voz narrativa. La hipótesis puede resumirse en tres principios:

- 1) La idea de laberinto se ofrece como prototipo del principio epistemológico de la economía: un máximo de opciones en un mínimo de espacio.
- 2) Para ser económica, la complejidad de un laberinto debe basarse en la racionalidad de un sofisma, no el caos de un galimatías.

¹² Una “nota” de Burton (en “Una leyenda árabe”, *El Hogar*, 16 de junio de 1939), un cuento de Borges (en *El Aleph*), una prédica del pastor Allaby, personaje de “Abenjacán” (aludida en una nota a la variante de *El Aleph*), una interpolación de los copistas de *Las mil y una noches* (prólogo de *El Aleph*, 1949), y aquí, un apéndice del libro de Thomas Ingram sobre una traducción atribuida a Richard Burton.

- 3) El apócrifo borgesiano (Esmerdis, Tlön, etc.), al basarse en la estructura de los tropos tradicionales (metáfora, metonimia, hipálage, oxímoron), es decir, gracias a su mecanismo de desplazamientos y condensaciones, llega a explotar al máximo los recursos del sofisma y del laberinto. Por la misma razón, representa un vértice en el arte de la economía epistemológica.

LAS TRES EMPRESAS APÓCRIFAS Y SUS APORÍAS

Fiel a esos principios, el cuento que estamos estudiando barajará tres proyectos de fabricación de apócrifos en gran escala, guiados por el principio de economía.

UQBAR, LA UTOPIA

El primer proyecto será la creación de un país artificial, Uqbar, como actualización real de la idea de un utopista del siglo XVII. La hipótesis es seductora porque toda utopía, por responder a un principio de racionalización, es más estilizada y menos caótica que el mundo real ("es obra de ajedrecistas, no de ángeles"). Sin embargo, a la larga un proyecto de esa índole muestra su insensatez congénita. El paso que va de lo prefigurado a la imitación ("...que otros luego fundaron, a imitación de lo prefigurado por él") acaba, como los espejos, multiplicando sin necesidad. En breve, la diferenciación entre un plano de lo virtual y un plano de lo realizado desdice de un proyecto basado en el principio de economía. A esto se añade el problema práctico de la ubicación de dicho país en el espacio y en el tiempo. Un país necesita fronteras reconocibles dentro del mundo real y generaciones para ser actualizado. Por eso, al cabo de dos siglos, las fronteras del país en obras continúan siéndole internas y la sociedad secreta no ha llegado aún a ser un pueblo.

TLÓN, LA ENCICLOPEDIA

Surge entonces el segundo proyecto, en 1984, gracias a la genial iniciativa del ascético millonario de Memphis Ezra Buckley: el planeta llamado Tlön. Por una parte, las aporías derivadas de ubicación de fronteras en la tierra serán evacuadas mediante un cambio de escala:

en vez de un país, se inventará un planeta. Por otra parte, se evitará el error especular de la primera tentativa. En vez de una utopía a imitar se inventará una enciclopedia auto-referencial. No habrá diferencia entre mapa y territorio, ni entre apócrifo y verdadero. No existirá el problema de la referencialidad ni el de la verificación, puesto que para que algo exista bastará con que figure en la enciclopedia, y viceversa. "Un libro (creo) debe bastarse", escribe Borges en uno de sus prólogos ("Roberto Godel" 72).

Como todo libro, este planeta/enciclopedia será gobernado por las leyes que rigen la ontología de todo libro, que son esencialmente berkeleyanas: un libro no es libro más que cuando lo visita el lector.

...mientras no abrimos un libro, ese libro, literalmente, geométricamente, es un volumen, una cosa entre las cosas. Cuando lo abrimos, cuando el libro da con su lector, ocurre el hecho estético. Y aun para el mismo lector el mismo libro cambia... ("La poesía" 254).

Así, en Tlön, "[e]s clásico el ejemplo de un umbral que perduró mientras lo visitaba un mendigo".

Por la misma razón, no puede haber ciencia en Tlön, porque la abducción es imposible para los personajes de un libro (aunque algún hereje haya logrado enunciar su principio). La abducción es la posibilidad de hacer conjeturas sobre lo desconocido. Un ejemplo típico es la expresión que hallamos en el cuento: "las contradicciones aparentes del Onceno Tomo son la piedra fundamental de la prueba de que existen los otros". En el mundo de un libro, en cambio, no puede haber ni pérdida, ni encuentro, ni conjetura, los personajes son, por así decir, "de papel". Borges retoma una célebre afirmación de Stevenson para dar una respuesta asombrosa al enigma sobre el canibalismo de Ugolino en la *Commedia*:

Robert Louis Stevenson (*Ethical Studies*, 110) observa que los personajes de un libro son sartas de palabras; a eso, por blasfematorio que nos parezca, se reducen Aquiles y Peer Gynt, Robinson Crusoe y don Quijote. A eso también los poderosos que rigieron la tierra: serie de palabras es Alejandro y otra es Atila. De Ugolino debemos decir que es una textura verbal, que consta de unos treinta tercetos.

(...) El dictamen *Un libro es las palabras que lo componen* corre el albur de parecer un axioma insípido. Sin embargo (...), pienso que Dante

no supo mucho más de Ugolino que lo que sus tercetos refieren. (“El falso” 350-1)

Al igual que la vida de Ugolino comienza y termina en la treintena de tercetos de Dante, la existencia en una enciclopedia está limitada a lo que refieren sus páginas. Como el Adán de “La creación y P. H. Gosse”, el hombre de una enciclopedia puede ostentar un ombligo sin necesidad de haber tenido madre, como también, siguiendo la hipótesis de B. Russell, puede recordar un pasado sin necesidad de haberlo vivido. De hecho, todos o casi todos los dogmas del idealismo coinciden con la más elemental de las teorías textuales. Como el idealismo, el texto es ecónomo: los personajes y las figuras se reducen a sus cualificaciones y a sus acciones, y no perduran ni sobreviven entre dos ocurrencias textuales.

“Según la doctrina idealista — afirma el narrador de “El Zahir” — los verbos vivir y soñar son rigurosamente sinónimos” (OC 1: 595). Esa es la gran ventaja de concebir un mundo que no exceda los límites de una enciclopedia. Nada más económico. En efecto, el texto es un mundo a la Schopenhauer, en el que todo es representación sin representado, moneda de una sola cara. La ontología “materialista”, en cambio, produce una incesante multiplicación de seres. Como Borges le hace decir a Chuang Tzu: “la unidad cósmica y la declaración de esa unidad ya son dos cosas: esas dos y la declaración de su dualidad ya son tres; esas tres y la declaración de su trinidad ya son cuatro” (“Avatares” 256n). Esa es la hemorragia que se pretende detener al concebir un mundo/enciclopedia de una sola cara.

Creo que van demasiado lejos los que ven en Borges una opción directa por la filosofía idealista. En cambio, las construcciones de los idealistas le sirven maravillosamente para elaborar su propia teoría del texto y para explorar el alcance de una empresa guiada por la economía de medios. Este cuento le servirá, además, para poner al desnudo las aporías de la posición idealista. Porque, de hecho, esta segunda empresa fracasará a su vez. Veamos cómo y por qué.

Hay un pasaje extraño en la descripción de Tlön, al introducirse el párrafo que comienza por la frase: “Lo anterior se refiere a los idiomas del hemisferio austral”. Lo extraño es que toda la descripción que precede parecía referirse al “planeta” entero, no a un hemisferio (“Las naciones de ese planeta son...”, “no hay sustantivos en la con-

jetural *Ursprache* de Tlön”). Allí es donde aparecen, de hecho, las ventajas del idealismo desde el punto de vista de la economía en las ideas. El párrafo que sigue aparece como una corrección, como una salvedad, como el reconocimiento de un error metonímico: lo que acaba de decirse de un planeta correspondía de hecho sólo a uno de sus hemisferios. Lo que va a aparecer en el otro hemisferio son, precisamente, las aporías del mundo idealista: el paradójico derroche sin límites, la multiplicación a pérdida de vista.

En efecto, como lo muestra la cita de Chuang Tzu, lo que la concepción materialista multiplica son los “planos” de concepción del ser, pero no los objetos. La relativa estabilidad del número de objetos en el mundo detiene la hemorragia de lo pensable. “El mundo, — escribirá Borges en “Nueva refutación del tiempo” — desgraciadamente, es real; yo, desgraciadamente, soy Borges” (*OC* 2: 149). No todo lo pensable existe; tal es el límite.

En cambio, una vez desconectado el pensamiento del mundo, la aparente economía del idealismo se desenfrena. Así lo muestran las paradojas del hemisferio boreal: “el hecho de que nadie crea en la realidad de los sustantivos hace, paradójicamente, que sea interminable su número”. De allí la alusión a los objetos subsistentes de Alexius Meinong.

La teoría de Meinong representa la polarización boreal del idealismo, su adínaton. Si la navaja de Occam tiende a afeitar todos los seres sobrantes, Meinong podría ser figurado como un negociante de barbas y pelucas postizas. Ryle lo describió como el “supreme entity-multiplier in the history of philosophy” (118), y uno de sus principales estudiosos, Reinhardt Grossman, como “a spendthrift metaphysician who delighted in multiplying entities continuously and needlessly” (IX).

Desprovisto por el idealismo humeano de un plano de referencia exterior al pensamiento, Meinong no tuvo más remedio que afirmar que todo lo pensable existe, y que, por ende, las significaciones de los objetos también son objetos. A fuerza que querer habitar directamente en un mapa sin territorio, el mapa mismo se convierte así en territorio, con la dificultad suplementaria de volver irrelevantes sus límites.

Las líneas que siguen a la mención de Meinong en “Tlön” constituyen un elocuente resumen de su filosofía.

Si los objetos, como la manzana de Berkeley, son simples paquetes de propiedades (“acumulación de adjetivos” dirán los norteños de Tlön), entonces no hay manera de distinguir entre paquetes de propiedades con fundamento real y paquetes de propiedades sin fundamento en la realidad. Tal como la “manzana” es un simple paquete de propiedades sensoriales, de la “montaña de oro” se debe poder afirmar que es montaña y es dorada, y la “montaña de oro existente”, que es montaña, que es dorada y que es existente (como se puede observar, para Meinong ser existente no es un sinónimo de existir). Tampoco se podrá negar que un cuadrado redondo es cuadrado y es redondo, ni que un cuadrado redondo existente es cuadrado, redondo y, además, existente. Meinong se ve así paulatinamente conducido a confesar la inaplicabilidad del principio de no contradicción al mundo de los objetos subsistentes por él descrito.

Tampoco parece relevante ese principio en el hemisferio austral del planeta Tlön; todo libro encierra su contralibro, las obras de ficción abarcan todas las permutaciones de un argumento, las de filosofía “invariablemente contienen la tesis y la antítesis, el riguroso pro y el contra de una doctrina”.

Como todos los objetos ideales, privados del fundamento *in re*, las cosas se multiplican en Tlön, “propenden asimismo a borrarse y a perder los detalles cuando las olvida la gente”. Es decir que hay una emergencia momentánea de seres que nacen y desaparecen según el ritmo del pensamiento. La conjunción de dos o más sensaciones crea objetos inéditos: “el sol y el agua contra el pecho del nadador, el vago rosa trémulo que se ve con los ojos cerrados, la sensación de quien se deja llevar por un río y también por un sueño”. Por la misma razón, no puede haber sinonimia ni traducción, en el norte de Tlön; “luna” no podrá tener el mismo referente que “moon”. De allí que los idiomas de ese hemisferio “poseen todos los nombres de las lenguas indoeuropeas y otros muchos más”.

Poco a poco el lector comprende que el discípulo privilegiado de Meinong, el habitante honorario del hemisferio boreal de Tlön es un tal Funes, el memorioso. Comprende igualmente que, en lo que respecta a la no multiplicación de seres, el viejo mundo real, con sus

dualismos y sus complicaciones, no carecía de ventajas. En todo caso, la tentativa (idealista) de alojar un planeta en su mera enciclopedia produce más multiplicación de seres que los que llega a economizar.

ORBIS TERTIUS, LA METAMORFOSIS

Se abre paso entonces el tercer proyecto, llamado *Orbis Tertius*: la enciclopedia invadirá el mundo real. La solución, por asombrosa que sea, no parece interesante. Bajo una barata apariencia de relato fantástico (“la realidad cedió en más de un punto”) se trata de un retorno circular a la fábula gnóstica. ¿No señaló Borges, con melancolía, que “el proyecto de un libro suele aventajar a su ejecución” (“Pesadillas” 113)? La concretización de un mundo simplemente pensado no puede sino ser, de nuevo, la obra de un dios subalterno, pueril y jubilado. En él revivirán todos los dualismos, y hasta no tardará en exigir su propia enciclopedia: “Si nuestras previsiones no erran, de aquí a cien años alguien descubrirá los cien tomos de la Segunda Enciclopedia de Tlön”.

Los demiurgos del *Orbis Tertius* no tardarán en reconocer, como los representantes del cuento “El congreso”, que el punto de llegada no es más que una mirada nueva sobre el punto de partida.

“YO NO HAGO CASO...”

La empresa, sin embargo, no se detiene en el oxímoron de este defraudante triunfo. El “yo no hago caso” de la frase final, contiene una mirada oblicua hacia una cuarta tentativa, jubilosa y elegante, en la que el escritor cifra a la vez su genio y su íntima afición. Una solución en la que, de varias maneras, el Mago Esmerdis cumplirá su anunciado papel de metáfora.

La frase final cumple la extraña función adversativa del “and yet, and yet...” que interrumpe y sanciona la “Nueva refutación del tiempo”.

Al llegar a esa frase, el desconcertado lector se siente conducido a recomenzar la lectura. Su atención se focaliza esta vez, muy naturalmente, no ya en las aventuras narradas sino en la performatividad del acto narrativo. Tlön, Uqbar y *Orbis Tertius* son, ni más ni

menos, el texto de "Tlön, Uqbar, Orbis Tertius". Un milagro secreto se ha ido realizando con el correr de la lectura, gracias a la virtud sintetizadora de lo apócrifo.

Repasemos las principales etapas de este recorrido. Cualquier fragmento del texto puede servir de punto de partida.

1.

Propongo, a título operatorio, elegir como primera deriva hacia lo apócrifo la substitución de un planeta por su enciclopedia, gracias a la genial iniciativa del ascético millonario de Memphis. Ese económico mundo de papel describe y plasma a la vez (es decir, remplaza) todo un planeta, "con sus arquitecturas y sus barajas, con el pavor de sus mitologías y el rumor de sus lenguas, con sus emperadores y sus mares, con sus minerales y sus pájaros y sus peces, con su álgebra y su fuego, con su controversia teológica y metafísica".

Dicha enciclopedia consta de cuarenta volúmenes. ¿Pero puede todo ese universo de infinitas variaciones y duplicaciones caber en cuarenta volúmenes? De hecho, sí, porque una enciclopedia procede por hiatos y menciones. Por hiatos, en primer lugar; una enciclopedia puede narrar, por ejemplo, un acontecimiento histórico y luego saltar a otro, más alejado en el tiempo (por ejemplo "después de un hiato de dos siglos la perseguida fraternidad resurge en América") con lo cual quedan sin narrar los infinitos acontecimientos ocurridos en el intervalo postulado; como en el caso de las monedas de cobre, no se impone la continuidad en el ser más allá de la aparición puntual de cada objeto o acontecimiento. En segundo lugar, la enciclopedia procede por menciones; una cosa es, por ejemplo, establecer en forma detallada y exhaustiva el sistema completo de los idiomas del hemisferio boreal de Tlön, que poseen todos los nombres de las lenguas indoeuropeas y otros muchos más, y otra cosa es simplemente *mencionar* el hecho mediante la frase exacta que acabo de citar: "Los idiomas del hemisferio boreal de Tlön poseen todos los nombres de las lenguas indoeuropeas y otros muchos más".

En ese sentido es lícito decir que la Enciclopedia de Tlön, en cuanto planeta apócrifo, llega a realizar plenamente el proyecto de economía que le estaría vedado a ese mismo planeta si tratara de emanciparse de su realidad libresca.

2

La segunda etapa de reducción consistirá en remplazar los 40 volúmenes de la enciclopedia por uno solo. Si todo lo que puede saberse de Tlön es lo que menciona su enciclopedia, todo lo que puede saberse de la enciclopedia es lo que puede ser inferido del único tomo accesible. O, dicho sobre un registro más ontológico: si no existe otro Tlön fuera de la enciclopedia, no existe otra enciclopedia fuera del tomo número once. Los otros volúmenes son sólo mencionados, y su contenido puede ser abducido a partir de las incompleteces y contradicciones de uno solo. Lo apócrifo juega esta vez sobre el tropo de la metonimia: “*ex ungue leonem*”. Un tomo de enciclopedia basta para interpretar el genoma de todo un planeta.

Emblemáticamente, el oncenavo volumen tiene exactamente 1001 páginas, es decir la misma cantidad que las noches requeridas para configurar un libro infinito¹³. Nestor Ibarra y Alfonso Reyes tenían, pues, razón: un tomo y una generación de tlönistas pueden bastar. Algo de eso se insinúa en un detalle que no deja de sorprender al lector: en 1914, la sociedad remite a sus trescientos colaboradores el volumen final de los cuarenta de que consta la Primera Enciclopedia de Tlön. Sin embargo, en 1937, es decir 23 años más tarde, Herbert Ashe, uno de esos colaboradores, recibe por correo un solo tomo, el oncenavo. El texto adelanta y deja sin respuesta la pregunta del lector: “Pero ¿y los otros?” ...

3.

Y sin embargo, si para hacer existir a Tlön un solo volumen de enciclopedia puede bastar, tampoco su existencia es indispensable. Muchos han notado ya con pertinencia que la única noticia que se tiene en el mundo de ese vastísimo planeta, con su historia total, sus arquitecturas y sus barajas, su mitología, sus lenguas, sus emperadores y sus mares, sus minerales, sus pájaros y sus peces, con su álgebra y su fuego, con sus controversias teológicas y metafísicas, es, ni más ni menos, lo que llegan a contener las 17 páginas originales del

¹³ En *Historia de la Eternidad*, Borges considera “una enciclopedia” la traducción de *Las mil y una noches* de Lane (OC 1: 399)

cuento de Borges "Tlön, Uqbar, Orbis Tertius". No se trata de la simple substitución apócrifa de un libro por su reseña, lo cual podría dar a entender que el libro existe. El libro no existe más que en la reseña que lo resume, lo postula y le da una existencia *auténticamente* apócrifa.

En el prólogo a la primera sección de *Ficciones*, donde figura el cuento que nos ocupa, Borges declara y celebra este acto de creación por lo apócrifo:

Desovarío laborioso y empobrecedor el de componer vastos libros; el de explayar en quinientas páginas una idea cuya perfecta exposición oral cabe en pocos minutos. Mejor procedimiento es simular que esos libros ya existen y ofrecer un resumen, un comentario. Así procedió Carlyle en Sartor Resartus; así Butler en The Fair Haven; obras que tienen la imperfección de ser libros también, no menos tautológicos que los otros.

Y añade, en lo que lo atañe:

Más razonable, más inepto, más haragán, he preferido la escritura de notas sobre libros imaginarios. Éstas son Tlön, Uqbar, Orbis Tertius y el Examen de la obra de Herbert Quain. (OC 1: 429)

Bajo la enseña del verdadero-falso Esmerdis el Mago, el apócrifo funciona, esta vez, según el registro de la hipálage: todos los atributos del objeto reseñado, más su misma existencia, pasan al objeto reseñante.

Borges cumple así, laberínticamente, la misma tarea que su personaje Daniel/Silas Haslam: asimilar en el mínimo común múltiplo las magnitudes de enciclopedia, libro, artículo y resumen. Añade, además, a esa lista de asimilaciones, las magnitudes geográficas de planeta y país.

Aciertan, pues, sin tal vez quererlo, los fastidiosos exégetas que confunden sistemáticamente el Tlön de la enciclopedia con La Enciclopedia de Tlön. O que confunden esta última con el texto de un cuento firmado por Borges. Tal error estaba programado. Ya pueden suprimirse las comillas que diferenciaban el cuento del planeta.

FINAL

Correspondería ahora, —pero es más económico obviarlo— repasar los distintos niveles de engaste del texto para ir haciendo jugar las correspondencias y recuperar los hilos sueltos que permiten releer “Tlön” como la única posibilidad de recorrer Tlön; integrar el juego literalmente “*preposterous*” de la Posdata de 1947; recorrer el laberinto por el que Uqbar es un país de Tlön, sin que Tlön deje de ser esa región imaginaria inventada por la literatura de Uqbar; descubrirle, en fin, nuevas razones a ese júbilo sereno y bribón con que el narrador se sitúa frente la marcha ineluctable de los acontecimientos que sólo asustan en las diez primeras lecturas: “yo no hago caso, yo sigo revisando...”

Cada vez que soñamos, inventamos un planeta de metafísica idealista. Tal vez más razonable, aunque más inepto y haragán, sea imaginar que soñamos. Tal es la ontología doblemente apócrifa que constituye toda ficción.

“Alguien soñará” es el título de uno de los últimos poemas de Borges, y comienza con una pregunta doblemente modalizada por el futuro y por el sueño: “¿Qué soñará el indescifrable futuro?”

Todo lo que quise decir en las largas páginas que preceden se encuentra condensado en alguna de las respuestas a esa pregunta:

Soñará que Alonso Quijano puede ser don Quijote sin dejar su aldea y sus libros. Soñará que una víspera de Ulises puede ser más pródiga que el poema que narra sus trabajos (...)

Y, sobre todo,

Soñará que podremos hacer milagros y que no los haremos porque será más real imaginarlos.

Ivan Almeida

REFERENCIAS

- Borges, Jorge Luis. "A 150 años de la revolución 1810-1960". *Sur* 267 (nov-dic de 1960). *Borges en Sur* 65-66.
- Borges, Jorge Luis. "A quien ya no es joven". *El otro, el mismo*. OC 2: 273.
- Borges, Jorge Luis. "Al espejo" (a) *El oro de los tigres*. OC 2: 512"
- Borges, Jorge Luis. "Al espejo" (b). *La rosa profunda*. OC 3: 109.
- Borges, Jorge Luis. "Alguien soñará". *Conjurados*. OC 3: 473
- Borges, Jorge Luis. "Avatares de la tortuga". *Discusión*. OC 1: 254-258.
- Borges, Jorge Luis. "Correr o ser". *La cifra*. OC 3: 324.
- Borges, Jorge Luis. "Cosas". *El oro de los tigres*. OC 2: 483-484.
- Borges, Jorge Luis. "Cristo en la cruz". *Los conjurados*. OC 3: 453.
- Borges, Jorge Luis. "Cuando la ficción vive en la ficción". *El Hogar* 2 de junio de 1939. *Textos Cautivos*. OC 4: 433-435.
- Borges, Jorge Luis. "El ángel". *La cifra*. OC 3: 320.
- Borges, Jorge Luis. "El atroz redentor Lazarus Morell". *Historia universal de la infamia*. OC 1: 295-300.
- Borges, Jorge Luis. "El centinela". *El oro de los tigres*. OC 2: 493.
- Borges, Jorge Luis. "El enigma de Edward Fitzgerald". *Otras inquisiciones*. OC 2: 66-71.
- Borges, Jorge Luis. "El falso problema de Ugolino". *Nueve ensayos dantescos*. OC 3: 351-353.
- Borges, Jorge Luis. "El Hacedor". *La cifra*. OC 3: 311.
- Borges, Jorge Luis. "El impostor inverosímil Tom Castro". *Historia universal de la infamia*. OC 1: 301-305.
- Borges, Jorge Luis. "El inmortal". *El Aleph*. OC 1: 522-544.
- Borges, Jorge Luis. "El libro". *Borges Oral*. OC 4: 155-171.
- Borges, Jorge Luis. "El tintorero enmascarado Hákim de Merv". *Historia universal de la infamia*. OC 1: 324-328.
- Borges, Jorge Luis. "Elegía de un parque". *Los conjurados*. OC 3: 469.
- Borges, Jorge Luis. "Emanuel Swedenborg: Mystical Works". *Prólogos con un Prólogo de prólogos*. OC 4: 142-150.
- Borges, Jorge Luis. "Ernest Bramah". *El Hogar* 18 de febrero de 1938. *Textos Cautivos*. OC 4: 343.
- Borges, Jorge Luis. "Eugene G. O'Neill Premio Nóbel de literatura". *El Hogar* 27 de noviembre de 1936. *Textos Cautivos*. OC 4: 223-225.
- Borges, Jorge Luis. "Guayaquil". *El informe de Brodie*. OC 2: 440-445.
- Borges, Jorge Luis. "Haydée Lange". *Los Conjurados*. OC 3: 488.
- Borges, Jorge Luis. "Insomnio". *El otro, el mismo*. OC 2: 237-238.
- Borges, Jorge Luis. "Isaac Babel". *El Hogar* 4 de febrero de 1938. *Textos Cautivos*. OC 4: 340.
- Borges, Jorge Luis. "La cortada de Bollini". *Atlas*. OC 3: 413.
- Borges, Jorge Luis. "La creación y P. H. Gosse". *Otras inquisiciones*. OC 2: 28-30.

- Borges, Jorge Luis. "La dicha". *La Cifra*. OC 3: 308.
- Borges, Jorge Luis. "La poesía". *Siete noches*. OC 3: 254-266.
- Borges, Jorge Luis. "Laberintos". *Obra* 1.3 (febrero de 1936). *Recobrados* 2: 158-160.
- Borges, Jorge Luis. "Límites". *El otro, el mismo*. OC 2: 257-258.
- Borges, Jorge Luis. "Los compadritos muertos". *El otro, el mismo*. OC 2: 327.
- Borges, Jorge Luis. "Los espejos". *El Hacedor*. OC 2: 192-193
- Borges, Jorge Luis. "Los Evangelios apócrifos". *Biblioteca Personal*. OC 4: 452-453.
- Borges, Jorge Luis. "Los premios nacionales de poesía". *Sur* 291 (nov.-dic. de 1964). *Borges en Sur*. 312-315.
- Borges, Jorge Luis. "Margaret Smith The Persian Mystics: Attar, John Murray, London, 1942". *Sur* 119 (septiembre de 1944). *Borges en Sur*. 277-279.
- Borges, Jorge Luis. "Mayo 20, 1928". *Elogio de la sombra*. OC 2: 363.
- Borges, Jorge Luis. "Moral y literatura". *Sur* 126 (abril de 1945). *Borges en Sur* 297-299.
- Borges, Jorge Luis. "Omar Jayyám y Fitzgerald". *Inquisiciones*. 135-137.
- Borges, Jorge Luis. "Paradiso XXXI, 108". *El Hacedor*. OC 2: 178.
- Borges, Jorge Luis. "Roberto Godel: Nacimiento del fuego". *Prólogo con un Prólogo de prólogos*. OC 4: 72-73.
- Borges, Jorge Luis. "T. F. Powys". *El Hogar* 15 de abril de 1938. *Textos cautivos*. OC 4: 358-359.
- Borges, Jorge Luis. "Tareas y destino de Buenos Aires". *Recobrados* 2. 140-155.
- Borges, Jorge Luis. "Tigres azules". *La memoria de Shakespeare*. OC 3: 381-388.
- Borges, Jorge Luis. "Tlön, Uqbar, Orbis Tertius". *El jardín de senderos que se bifurcan*. *Ficciones*. OC 1: 431-443.
- Borges, Jorge Luis. "Un ciego". *La rosa profunda*. OC 3: 103.
- Borges, Jorge Luis. "Una leyenda arábiga". *El Hogar*, 16 de junio de 1939. *Textos Cautivos*. OC 4: 437.
- Borges, Jorge Luis. "Veinticinco de Agosto, 1983". *La memoria de Shakespeare*. OC 3: 377-380.
- Borges, Jorge Luis. "Vindicación del 1900". *Recobrados* 2. 228-232
- Borges, Jorge Luis. *Borges en Sur*. Buenos Aires: Emecé, 1999.
- Borges, Jorge Luis. *Inquisiciones*. Buenos Aires: Seix Barral, 1994.
- Borges, Jorge Luis. *Obras Completas* [abrev. OC]. Barcelona: Emecé. Vol. 1-3, 1989. Vol. 4, 1997.
- Borges, Jorge Luis. *Obras completas en colaboración* [abrev. OCC]. Barcelona: Emecé, 1997.
- Borges, Jorge Luis. *Textos recobrados 1919-1929* [abrev. *Recobrados* 1]. Buenos Aires: Emecé, 1997.
- Borges, Jorge Luis. *Textos recobrados 1931-1955* [abrev. *Recobrados* 2]. Buenos Aires: Emecé, 2001.
- Eco, Umberto. *Sugli specchi e altri saggi*. Milano: Bompiani, 1985.
- Freud, Sigmund. "Die Verneinung". *Gesammelte Werke chronologisch geordnet*. 14. Band. Frankfurt: Fischer, 1972, 9-15.

- Grossmann, Reinhardt. *Meinong*. London: Routledge & Kegan Paul, 1974.
- Hume, David. *Dialogues Concerning Natural Religion. The Philosophical Works*. Ed. Thomas Hill Green & Thomas Hodge Grose. Vol. 2. London, 1886.
- Ingram, Thomas. "Labyrinth". *Encyclopaedia Britannica*. 11th Ed. Cambridge: Cambridge University Press, 1910-1911.
- Kripke, Saul A. *Naming and Necessity*. Cambridge, Mass.: Harvard University Press, 1980.
- Occam, Guillermo de. *Venerabilis Inceptoris Guillelmi de Ockam Quodlibeta Septem*. Ed. Joseph C. Wen. *Opera Theologica IX*. St. Bonaventura, NY: St. Bonaventura University, 1980.
- Parodi, Cristina. "Borges y el arte de injuriar". *Borges en Bruselas*. Ed. Robin Lefere. Madrid: Visor, 2000.
- Ryle, Gilbert. "Meinong's Theory of Objects. By J. N. Findlay". *Oxford Magazine* 52:4 (26 October 1933).
- Williams, William Carlos. *The Collected Poems of William Carlos Williams*. Vol. II, 1939-1962. New York: New Directions 1988.